

# Transitar de un tiempo

Por Sara María

Mira el tren, tiene ganas de morir, piensa un rato en abordarlo, esperar a esas ruedas de hierro cortante que rechinan y llegan hasta el cabello de su nuca con ese ruido invitador y aterrador, a la vez.

Finalmente, el tren empieza a moverse, ella da un brinco y se trepa a la escalerilla del último vagón. Llegan a su mente memorias de su infancia, de cuando solía poner en marcha el jeep de su tío Nacho, para después dar ese gran brinco, treparse, y de esa manera tratar de controlarlo hasta que poco a poco se iba deteniendo. Todo pasa tan rápido, tan al momento, como si estuviese viendo una película en donde la protagonista pareciese ser ella, ¡vaya! En realidad ha cambiado; los años no pasan en vano.

Ella, desde su pequeño trono, allí, en el último vagón del tren, puede ver el camino, la gente y los perros que ladran persiguiendo a esa máquina de acero. Desde allí, todo va más rápido, más aprisa, con más fuerza. Los niños que juegan entre sí y otros que desde los árboles avientan piedras a las ruedas del tren y... vuelven los recuerdos. Está arriba de un árbol, el árbol frondoso y de sombra inmensa que parecía cubrirlo todo con sus interminables brazos en lugar de ramas; el árbol de los secretos y de los llantos; ese árbol que la cobijó durante la etapa en la que pasaba de niña a mujer, de la lucha constante del ser y el no ser; del crecer y no crecer. Está allí, en su árbol, no escondida en su casa; trae una resortera y unas piedras, pero no de las chiquitas, ¡ah, no!, éstas son de las grandes, por aquello del no le atino. Ahí, desde una rama, ve pasar los automóviles y... arroja sus mortíferas armas... ¡Pazz! a las llantas y a los rines, a unos sí con suerte y a otros ni de cerca, ya que el proyectil se fue a incrustar en el pórtico del vecino regañón de la acera de enfrente. Era

más bien el ver quién podía más... si el coche con su velocidad o su mano en la resortera. Esa lucha continua del débil y del fuerte.

El tren toma una curva y la hace volver al presente, a su presente. Mira el verde del campo y los sembradíos; aspira el olor a tierra mojada, a siembra en riego. Todo es tan bonito, todo es tan irreal, como que en ese momento no encaja ella, el hilo en la aguja que es la vida. Todo le da vueltas; es como si el ir y venir del carro del tren la moviera de un lado a otro, sin parar, sin detenerse, sin darle tiempo a retomar el sentido, el rumbo de su vida; ¿dónde?, ¿en dónde lo perdió?, ¿en qué momento la dejó parada o tal vez estancada? No hubo fallas. Al principio era como si todo estuviese escrito y así se iba cumpliendo, paso a paso, palabra a palabra, hecho tras hecho, verdad tras verdad, mentira tras mentira. Era algo real, algo de lo que al menos se tenía el control, pero el hoy era hoy y quién sabe mañana.

El tren seguía caminando, corriendo, y ella se sentía enclaustrada; un sentimiento ya conocido antes. Como cuando pisó la cárcel por vez primera, como cuando señalada por el mundo, golpeada, ultrajada, no sólo en cuerpo sino también en alma, la metieron en un pedazo de cuarto enrejado al que se le conocía como el Apando. O ¿cómo le llamaban para que no sonase fuerte o agresivo? ¡Ah, sí! Cuarto de conductas especiales. Momentos de meditación, todo del color como las demás lo vieran. A otras les servía de escape para llegar a la cita que tenían con la muerte. Hubo una, ella... la que se fue, se llamó Leticia, nadie supo cómo es que sucedió, sólo... pasó. Todo esto la fue marcando, el ver la sangre como pequeños hilos que iban brotando de las muñecas de los brazos y en ocasiones de los cuellos de las que compartían con ella el mismo encierro, aunque no el mismo cuadro llamado celda. Eran pequeños, delgados arroyuelos rojos, rojo diablo, rojo corazón.

Como ese diablo que ella sentía en su cuerpo, como ese corazón que en ese momento le latía con fuerza como si se le quisiera salir del pecho; escupirlo fuera del cuerpo, lanzarlo lejos donde nadie lo pudiera encontrar. ¡Qué caro es a veces el precio del amor!, y ni siquiera sabe si realmente amó o la amaron.

Todo se teñía de rojo muerte, sólo manchas rojas estaba mirando cuando sintió una racha de aire, de aire frío que la heló hasta los huesos

y no pudo evitar el temblor que la invadió desde la punta de los pies hasta la punta de los cabellos. Abrió inmensamente los ojos y respiró profundo, se introdujo al vagón del tren, miró levemente sobre su hombro izquierdo para inspeccionar, tan sólo en un segundo, la voz que llamaba pidiendo los boletos. Ella sin equipaje y con los ojos rojos del llanto derramado y los alaridos tragados, no contestó nada. Tan sólo emitió un leve sonido en negativa y el dueño de esa voz pasó a su lado antes de que ella pudiese seguir con la explicación de porqué no traía boleto. Él siguió caminando y ni en cuenta la tomó. Ella esbozó una mueca. ¡Claro!, qué más da si se vive, si se muere. ¡Qué más da cuando ya nada se tiene! La muerte se adelantó, esa huesuda fría y blanca como la nieve, todo destruyó, todo se acabó. Y en un momento, lo mucho y lo poco que llegó a tener, lo vio terminado en un hoyo profundo y solitario.

¡Cuánta soledad envuelven los panteones! ¡Cuánta penumbra encierran los ataúdes! ¡Cuánto miedo le da pensarse en ese hoyo nuevamente encerrada, como cuando vivió en la cárcel!

Era una tumba blanca, grande y cuadrada, donde muchos seres iban y otros tantos venían; caminaban por los estrechos pasillos llenos de dolor, desesperación, hastío y depresión. Así no pudo evitar pensarlo, recordarlo, una y otra y otra vez.

Pasado un rato, el tren casi llegaba a su destino y la persona que preguntó por los boletos regresó y no la vio. Es ella, se dijo, es la misma que sube a este tren, a esta ruta, desde hace más de nueve años. Ya vendrá la próxima semana a este mismo vagón, a este mismo transitar como alma en pena. No me habla, nunca dice nada, siempre, siempre está callada. Ya le mandé a hacer una misa y el señor cura dice que su alma ha de estar encadenada.

Sara María  
Reclusorio Preventivo Femenil Oriente,  
Distrito Federal